

Dulces manos

Francisco Ian Palomo Flores¹
El Colegio de San Luis

franciscopalomo88@hotmail.com

Ese pequeño roce me estremece. Me hace sentir única, me hace sentir amada. Son unas manos suaves, finas, como si aquella que las posee fuera alguien de la realeza, alguien de extremo cuidado y pureza. Pasa sus cálidos dedos sobre mí y con ellos me examina, me siente y me posee de cierta forma. Pero luego va más allá, es como si me quisiera conocer completamente, saber todo de mí. Sus ojos me miran como a una presa y eso me pone sensible.

Me habían dicho que iba a sentir cosas como esta, que no debería tener miedo, que ojalá me tocara alguien que fuera gentil, pero, a pesar de estar preparada, no puedo controlarme, no puedo controlar mis nervios, mi excitación, mi miedo.

Y es que llevo guardándome para esta persona especial. Llevo días viéndola pasar y a los demás también. Siempre van de un lado al otro, como si llevaran prisa, como si nunca se cansaran, aunque su cara muestre lo contrario. A veces, parecen felices, van riendo y gritando, llenos de emoción, pero otras se ven tristes, aburridos y abatidos, como si no valiera la pena todo esto que están haciendo. Su vida debe ser complicada, mucho más que la mía, al menos.

Yo solo me puedo quedar aquí, junto a los míos, observándolos, analizándolos. La verdad es que hasta hacemos apuestas sobre quién se quedará con nosotros: “Mira, ese se ve alto y fuerte, sus manos deben ser pesadas y llenas de callos” o “Ella se ve linda, su cabello corto tiene un no sé qué que me gusta”. Cada uno tiene sus preferencias. Hay quienes los prefieren muy machos y otras que buscan a alguien como

¹ Licenciado en Lengua y Literatura Hispanoamericanas. ORCID: 0009-0009-0743-5975.

el típico príncipe azul, pero, a pesar de tener nuestros gustos, no discriminamos a nadie. Solo queremos ser tomadas, encontrar a nuestra pareja.

Es algo de suerte, bueno, es todo de suerte, de hecho, pero nosotros tenemos esperanza de que nos tratará bien y nos gustará. Hay algunas que regresan y nos cuentan lo sucedido a nosotras las nuevas. Y es que, después de nuestra cita, regresamos y chismeamos todo lo posible: “Pues fíjense que a mí me tocó un chico, Sí, un chico, ya saben que yo quería a una jovencita, pero bueno, este chico era feo, muuuy feo, pero cuando me tomó, cuando empezó a poner sus manos sobre mí, cuando sentí sus ojos cazándome, su aliento cerca de mi cuerpo, no sé qué pasó, pero, pero me encantó, o sea, fue algo increíble y me tocaba de una forma que se notaba que él sabía lo que hacía, que era alguien experimentado y, al acabar, me nombró, me hizo suya, de su propiedad”.

Hay quienes tienen una buena experiencia, como mi amigo Javier Gonzales Becerril, pero hay otras que no tienen una buena aventura: “FUE HORRIBLE, me tocó de forma muy brusca, no sabía lo que hacía y encima se veía que ni le importaba y lo peor de todo es que era mi tipo, una rubia, de ojos azules. Pero es que, no, no, no sabía nada, me lastimó y me trató mal. Era una estúpida y para el colmo no me acabó y a la tipa casi se le olvida ponerme nombre, ¿qué le pasa?, si eso es lo más importante y lo primero, siempre se empieza por el nombre, ay, no, qué coraje, la neta, mugrosa vieja, pero saben qué es lo que más me empu...”. A Jessica Montevideo le dejaron un sabor muy amargo y ese tipo de historias son las que nos hacían temer.

Yo no les hacía caso, no dejaba que sus miedos se hicieran mis miedos... oh, espera, ya terminó de verme, por fin. Tarda mucho en entrar a la acción esta chica, es como si me quisiera comer, pero no se animaba. Este evento es lo más importante para nosotros, pues nacemos sin nombre y sin sexo y son ellos los que nos lo dan. Así nos convertimos en una especie de extensión de ellos, en una parte de ellos.

Sofía Urbina Ubarte.

Qué bonito nombre, mi nombre. Ella comienza a tocarme, me asal-

ta, sin temor, sin dudas, pasa sus manos por aquí y por allá, por todo mi cuerpo, me acaricia con delicadeza y luego con un poco de fuerza. Sigue, sigue, sigue. Ya casi, falta poco. Avanza como si me conociera, como si supiera cada rincón de mi cuerpo, su aliento es cálido, húmedo; sus ojos muestran una excitación tremenda, sabe que está por terminar y eso la emociona más.

Sigue rozándome sin parar, no se ha detenido en ningún momento, sabe lo que hace y le gusta, le gusta sentirme como su propiedad, lo sé, como si fuera mi dueña (lo es), como si estuviéramos destinados (lo estamos), como si me amara con todas sus fuerzas (me ama), como si quisiera hacer que termine (no pares) y sigue, sigue, un poco más, más, MÁS.

Es una mezcla de emociones, realmente es lo mejor. Es una bomba explotando, una ola llegando a la costa, un cohete despegando, es la cima, el final es la cima. Sus manos me sueltan, por primera vez, y me dejan ahí tirada, como un objeto, manchada con su tinta, marcada por ella. Me deja respirar mientras me mira, me ve como a un trofeo, como su mayor orgullo. Se acerca lentamente y me vuelve a tomar, ahora con firmeza. Es la hora de despedirnos. Aunque efímera, nuestra aventura estará siempre conmigo. Mi cuerpo se desvanece, se siente débil. Mi conciencia decae, me dejó exhausta.

La veo por última vez, sus facciones, su rostro, sus ojos, sus brazos, todo de ella es divino. Tuve suerte con ella y algo suyo queda en mí, algo que permanecerá. La veo para despedirme cuando me suelta en una superficie fría y dura. Ahí veo a mis amigos y amigas, todos tenemos mucho que contar, pero eso será después. Primero necesito dormir. Mis ojos se cierran y escucho su voz por primera y última vez:

—Maestra, aquí está mi examen. Ya terminé.